

ANTONIO MACHADO PROFESOR. LA “LLAMA” DE GINER

(HOMENAJE A ANTONIO MACHADO

EN EL CENTENARIO DE *CAMPOS DE CASTILLA*)

A mis padres, dedicados a la enseñanza toda la vida

*Nuestras horas son minutos
cuando esperamos saber,
y siglos cuando sabemos
lo que se puede aprender.*

Antonio Machado



Cien años cumple en 2012 la primera publicación de *Campos de Castilla*, esa obra que sí pudo tener Leonor entre sus manos ocho días antes de morir. El milagro que esa primavera les regaló a ella y al poeta era solo el de ese libro (versión restringida de *Tierras de España*), ese “librito”, como lo llamó Antonio Machado en una carta dirigida a Juan Ramón Jiménez. Cien años después, el pensamiento y la palabra del poeta, caminante de tardes, sueños y soledades por las galerías del alma (como lo definió Rubén Darío “misterioso y silencioso, luminoso y profundo”), siguen palpitando con

fuerza y gran presencia en nuestras vidas y en nuestras aulas, tal vez ahora (por la situación que vivimos de una España “de alma inquieta” pero “triste”, de porvenir “incierto”), tal vez ahora, más que nunca.



Queremos detener nuestra mirada en una de las fuentes de las ideas éticas, estéticas y docentes de Antonio Machado: sus principales años de formación en su infancia y juventud (de los ocho a los catorce) en la Institución Libre de Enseñanza, de los que nacerá su preocupación por España, el compromiso de levantar el país a través de una educación basada en la razón, en la duda, en la hondura de la contemplación y admiración hacia el paisaje y hacia el otro. El profesor “de torpe aliño indumentario” (alegoría para muchos de la precaria situación económica de los maestros en la época) que apuesta por la “España de la rabia y de la idea”, en clara línea institucionista, le dedicó dos textos a su maestro Francisco Giner de los Ríos, fundador de la ILE, a su muerte el 17 de febrero de 1915. Ambos textos se publicaron en *Campos de Castilla*, en la edición de *Poesías completas* de 1917: uno es el actual poema 139, el primero del capítulo titulado “Elogios”, que constituye un breve ideario de los principios de su

“maestro” (así lo llama él), y el otro es un texto en prosa que se publica en los apéndices de *Campos de Castilla*. Ambos escritos -que se interrelacionan en su contenido- están imbuidos del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza y coinciden en destacar el alma pura, recta y fuerte, sencilla y bondadosa de Giner de los Ríos, que fue para Machado, dice literalmente, “hermano de la luz del alba”, el profesor como foco de luz que “se fue hacia la luz” “por una senda clara”, según escribe el poeta, la que sembró en vida en tantos corazones, en la que se mantuvo siempre y que fue referente después para todos sus seguidores. Como señaló Unamuno, maestro también de Machado, “Giner no se fue del todo porque (...) aún le llevamos dentro -y él nos lleva-, (...) aquel gran maestro, (...) aquel gran agitador del espíritu que es lo que era sobre todo”. Leemos el poema de Machado, una silva romance titulada “**A don Francisco Giner de los Ríos**”:

*Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana me dijo: van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.*

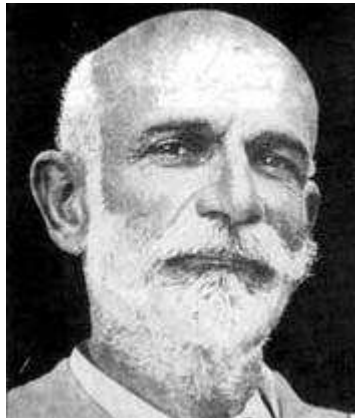
*¿Murió?... Solo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.*

*Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!*

*Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,*

*el sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.
...Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.*

*Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.*



Francisco Giner de los Ríos

Giner, como Machado, aspiraba a la regeneración de España a través de la cultura. Machado pensaba que “las armas de la cultura (...) son las armas del amor”). Recordemos el poema “A una España joven” en el que el poeta también sueña con el “nuevo florecer” de la juventud del país. “Hacedme un duelo de labores”, dice Giner en boca del poeta, seguid mi estela. “Sed alma”, nos dice el maestro, que parte hacia la luz de la sierra de Guadarrama que tanto visitó Machado y sus compañeros de estudio en las

múltiples excursiones que la ILE propiciaba para potenciar los estímulos sensoriales de los niños y su capacidad de sorpresa, recepción y amor a la naturaleza. Y qué importante es el mirar y ver el paisaje en Machado.

Ian Gibson considera que Giner era el responsable de que Antonio Machado fuese profesor. La enseñanza de D. Francisco se dirigía, como señalaba Unamuno, al espíritu. Hombre fino y delicado, austero, místico, que desprendía -y recibía por igual- amor y respeto, Giner fue para Machado un referente vital.

En el segundo texto que el poeta le dedica a Giner de los Ríos, el poeta sevillano destaca la actitud amorosa del profesor hacia los niños entre los que se solía sentar, su defensa de aprender a pensar, del espíritu de austeridad y el rechazo a lo superficial y a los honores vacuos, la necesidad de poner el sello de nuestra alma en nuestra obra, alma que Giner incentivaba para que la ciencia fuese pensada y vivida por sus alumnos.

Como el texto es largo, extraemos solo un par de fragmentos:

(...) Aguardábamos, jugando en el jardín de la Institución, al maestro querido. Cuando aparecía don Francisco, corríamos a él con infantil algazara y lo llevábamos en volandas hasta la puerta de la clase. Hoy, al tener noticia de su muerte, he recordado al maestro de hace treinta años. Yo era entonces un niño (...). En su clase de párvulos, como en su cátedra universitaria, don Francisco se sentaba siempre entre sus alumnos y trabajaba con ellos familiar y amorosamente. El respeto lo ponían los niños o los hombres que congregaba el maestro en torno suyo. Su modo de enseñar era socrático (como Juan de Mairena): el diálogo sencillo y persuasivo. Estimulaba el alma de sus discípulos (...) para que la ciencia fuese pensada, vivida por ellos mismos.

(...). Lo que importa es aprender a pensar (...) para poner mañana el sello de nuestra alma en nuestra obra.

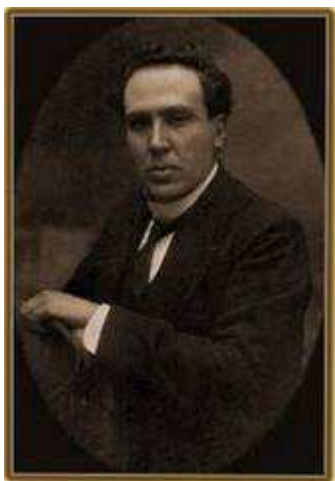
Y hace unos días se nos marchó, no sabemos adónde. Yo pienso -dice el poeta- que se fue hacia la luz (...).

Recordemos que los hermanos Machado pertenecieron a una familia cultivada. El abuelo, Antonio Machado Núñez, fue Doctor en varias disciplinas, catedrático de Historia Natural y Rector de la Universidad de Sevilla. Su esposa, Cipriana Álvarez (cuyo padre, don José, fue precursor de los krausistas), se dedicó a la pintura y a recoger cantares andaluces, afición en la que profundizó su hijo Antonio Machado Álvarez, el primero que llegó a ocupar una cátedra de folklora en la Institución Libre de Enseñanza. Era amigo de Joaquín Costa y de Francisco Giner de los Ríos y en el Boletín de la ILE dio a conocer sus trabajos sobre folklora popular.

El hecho de que al abuelo de Machado lo nombraran profesor de la Universidad Central de Madrid en 1883, originó que toda la familia se trasladara a la capital, lo que propició que Antonio Machado estudiara en la Institución Libre de Enseñanza y concluyera ahí su infancia de patio y huerto sevillanos con ocho años de edad. Incluso la familia se cambió de domicilio para que Antonio estudiara allí. En la “Autobiografía escrita en 1913 para una proyectada antología de Azorín” publicada en los apéndices de *Campos de Castilla*, Machado habla de la institución: “Me eduqué en la Institución Libre de Enseñanza -afirma- y conservo gran amor a mis maestros: Giner de los Ríos, el imponderable Cossío, Costa”. Joaquín Costa.



Allí recibió unas directrices filosóficas y éticas de raíz krausista que orientaron después gran parte de su obra, la poética y la ideológica: la conciencia del trabajo bien hecho, su talante de hombre bueno (“en el buen sentido de la palabra”), la importancia de la educación y de la figura del niño, la cultura y pedagogía del país y la fe en la juventud (en la línea de JRJ), así como el desprecio a los honores vacíos y la pompa (de ahí tal vez su desaliño indumentario), la conciencia del “otro” (que defendía Abel Martín, llegar al otro por amor), su vago sentimiento religioso -oscilante entre el racionalismo y el misticismo laico-, su afán por la verdad -siempre interrogada por la duda, como proponía Giner-, la fraternidad universal por medio de la tolerancia y la justicia / y el liberalismo político. La poesía se pone al servicio de un ideal ético, al que Machado también sirve desde su faceta de profesor, educador y poeta preocupado por el futuro de su país.



El propósito de Giner era, como ustedes saben, regenerar el país a través de las conciencias, de la “revolución” de las conciencias. Quería formar hombres íntegros, cultos y capaces de lograr cambios con sus ideas y no con las guerras. Quería llevar la enseñanza a todos los niveles sociales y apoyaba un “método de aprendizaje intuitivo” (el aprendizaje significativo).

Muchos de los principios pedagógicos de la ILE se observan en Machado, en especial, en *Juan de Mairena*, apócrifo profesor de Educación Física, materia que no impartía y que repudiaba; daba clases -gratuitamente y al margen del programa oficial del Instituto-, como todos recordaréis, de Retórica y Sofística. Dice Mairena (espero que no haya ningún compañero de E. Física por aquí):

No hay que educar físicamente a nadie. Os lo dice un profesor de Gimnasia. (...) Si lográsemos, en cambio, despertar en el niño el amor a la naturaleza, que se deleita en contemplarla, o la curiosidad por ella, que se empeña en observarla y conocerla, tendríamos más tarde hombres maduros y ancianos venerables (...). Todo deporte, en cambio, es trabajo estéril, cuando no juego estúpido.

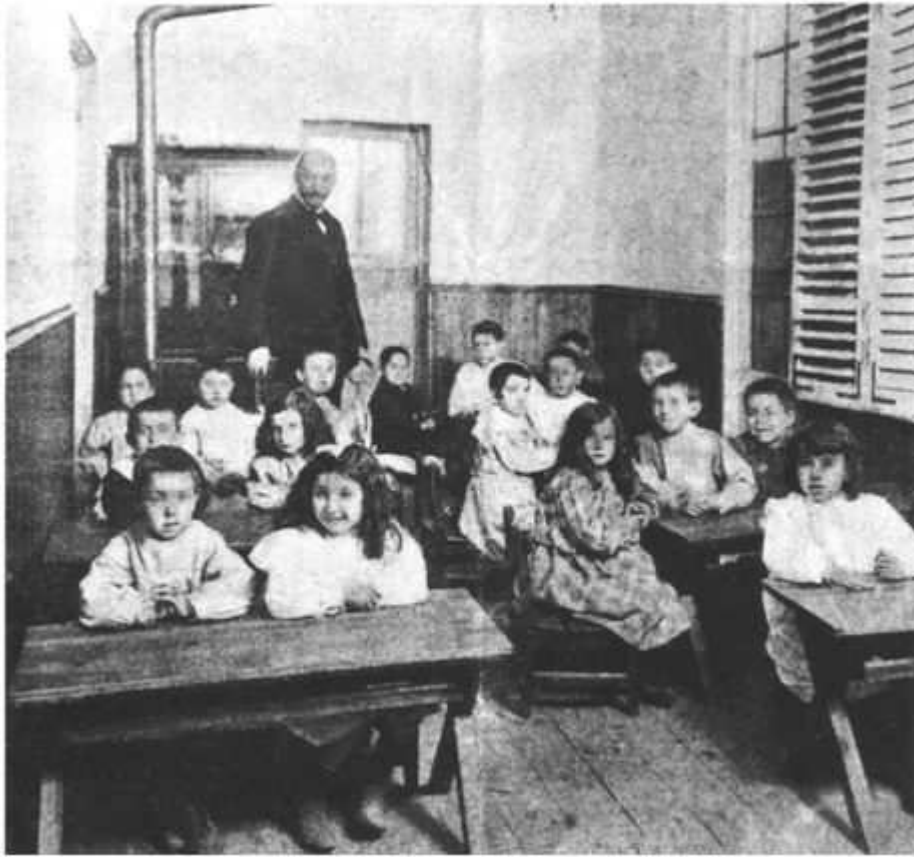
Mairena es tan antideportivo como Unamuno, y tan provocador como él. En clase no se sentaba en la tarima sino encima de la mesa, cerca de los alumnos, como Giner, y colocaba a los alumnos que iban más atrasados en las primeras bancas. Muchas de las

ideas de la ILE se observan en sus teorías que revisamos a continuación en relación con los principios de la Institución:

1. La idea fundamental de la ILE era educar a sus alumnos de forma íntegra, en cuerpo y alma. Para ello era primordial el principio de la «reverencia máxima que al niño se debe» (así reza uno de los principios de la Institución). Machado lo expone claramente en su *Juan de Mairena*: hay que estar a la altura del niño para educar su alma, explicar a su medida; lo que el niño no aprenda, no puede aprenderse, el profesor debe hacerse niño para explicar el mundo desde la óptica del niño. Se pregunta Mairena:

¿Cómo puede un maestro (...) enseñar, educar, conducir al niño sin hacerse algo niño a su vez y sin acabar profesando un saber algo infantilizado? Porque es el niño quien, en parte, hace al maestro (...). Hemos de comprender como niños lo que pretendemos que los niños comprendan.

(...) Preguntadlo todo -aconseja Mairena-, como hacen los niños. ¿Por qué esto? ¿Por qué lo otro? ¿Por qué lo de más allá? En España no se dialoga porque nadie pregunta, como no sea para responderse a sí mismo.



2. La ILE pretendía despertar el interés de sus alumnos hacia una amplia cultura general para cimentar luego en ella una educación profesional de acuerdo con las aptitudes y vocación de cada uno de ellos, pero sobre eso y antes que eso, había que formar a personas capaces de concebir un ideal que diera sentido a su vida y a sus facultades concretas. Dice Mairena:

Nosotros no pretenderíamos nunca educar a las masas. A las masas que las parta un rayo. Nos dirigimos al hombre, que es lo único que nos interesa; al hombre en todos los sentidos de la palabra.

Había que educar en la individualidad, en “la esencial heterogeneidad del ser” de la que hablaba su maestro Abel Martín, de “la otredad del otro” que citaba Mairena.

En el segundo párrafo del mencionado escrito en prosa que le dedicó Antonio Machado a Giner de los Ríos en *Campos de Castilla* el poeta destacaba que el profesor debía tener alma y ponerla al servicio de su causa:

Lo que importa -decía- es aprender a pensar, a utilizar nuestros propios sesos (...) para poner mañana (como decíamos) el sello de nuestra alma en nuestra obra.

3. La ILE aspiraba a que sus alumnos pudieran servirse ampliamente de los libros como fuente capital de cultura, pero eran partidarios de emplear en el aula los libros de texto o manuales tradicionales porque para ellos limitaban -decían- el espíritu de investigación del alumno. Juan de Mairena lamentaba, en esta línea, “la falta de un buen manual de literatura española”. La ILE no fomentaba que estudiaran de memoria las lecciones para que volcaran las ideas en un examen y las olvidaran pronto. Desechaba el soniquete tradicional y vacío de la memoria sin reflexión, estampa que se enmarca líricamente en los versos machadianos:

*Con timbre sonoro y hueco
truena el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.*

*Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
mil veces ciento, cien mil,
mil veces mil, un millón.*

En esta idea no estaba incluido, claro está, que aprendiesen poemas de memoria, de hecho, Machado lo potenciaba. Para la ILE la clase no era para «dar y tomar lecciones», sino para el moderno concepto de aprender a aprender, fomentando el esfuerzo personal y cultivándolo reflexivamente. Dice Mairena sobre ello:

Vosotros sabéis que yo no pretendo enseñaros nada, y que solo me aplico a sacudir la inercia de vuestras almas, a arar el barbecho empedernido de vuestro pensamiento, a sembrar inquietudes (...), a sembrar preocupaciones y prejuicios; quiero decir juicios y ocupaciones previos (...).

Recordemos que Juan de Mairena se cuestionaba constantemente a sí mismo e incitaba a que sus alumnos también lo hicieran con la idea de ayudarlos a desarrollar su pensamiento y ampliar su curiosidad. No quería que permanecieran callados en clase como meros receptores. Ni él encarnaba -decía- toda la verdad (“porque no me creo - dice Mairena- en posesión de ninguna verdad que pueda revelaros”), ni tampoco los libros la albergan; la verdad llega -defendía- con el descubrimiento propio (como pensaba Giner), con el pensamiento guiado pero ejercitado en libertad: aprended a desconfiar de mí y de vosotros mismos, les decía. Machado tenía muy presente las palabras de su maestro Ortega: “Siempre que enseñes, enseña a la vez a dudar de lo que enseñas”. (Mucho lío para los pupilos de hoy día).

4. Para la ILE la enseñanza debía desarrollarse independientemente de la política y la religión, la educación debía ser mixta, no eran partidarios de los castigos, consideraban indispensable la activa cooperación de las familias, propugnaban el principio de la pedagogía activa y al aire libre, en íntimo contacto con la vida y el método intuitivo. Todo el conocimiento teórico debía ser refrendado en la realidad.

(4. La enseñanza debía estar al margen de la política, la religión y la filosofía. La coeducación o enseñanza mixta era un principio esencial del régimen escolar que pretendía acabar con la inferioridad de la mujer. Sabían que esto no ocurriría hasta que la mujer se formara y educara igual que el hombre.

5. Otro aspecto novedoso, base de las líneas de trabajo posteriores, es que la Institución consideraba indispensable para la eficacia de su obra la activa cooperación de las familias.

6. Otro pensamiento avanzado era que la educación elemental y la secundaria no podían separarse, formaban un proceso continuo que también debía extenderse a las universidades con los mismos métodos.

7. Defendían las clases como una conversación familiar e informal entre maestros y alumnos llevados por un espíritu de descubrimiento a través de métodos intuitivos, realidades en vez de abstracciones, objetos en vez de palabras: diálogo socrático. El aula debía ser un taller; el maestro, un director y, los alumnos, una familia.

Propugnaban el principio de la pedagogía activa y al aire libre, en íntimo contacto con la vida, el método intuitivo. Todo el conocimiento teórico debía ser refrendado en la realidad. (En esto muchos han visto en el profesor de “La lengua de las mariposas”, encarnado magistralmente por Fernando Fernán Gómez, a Antonio Machado).

8. El apellido “Machado” es de origen portugués y significa “hacha” o “machete”, nada más contrario a la filosofía del poeta y del profesor. Para la ILE la disciplina no puede basarse en castigos, sino en la idea de la corrección y la reforma. Los juegos y otras actividades libres son lo que da la mejor oportunidad para observar las inclinaciones de los niños.

9. La Institución ponía gran interés en formar en la salud y la higiene, el cuidado personal de hábitos y maneras; la amplitud, elevación y delicadeza del sentimiento; la depuración de los gustos estéticos; la tolerancia, la alegría, la serenidad, la conciencia del deber, la lealtad, la disposición a vivir como se piensa.)

La figura del maestro era primordial para la Institución. En una época en la que eran funcionarios rutinarios, la ILE dignificó su figura y elevó su espíritu. Ellos eran el pilar de la enseñanza. Decía Giner: “Dadme el maestro y os abandono el edificio, las instalaciones, la organización, los programas..., todo lo demás”. El maestro no debía ser un burócrata con nombramiento vitalicio y falta de estímulos, debía mostrar vocación de servicio altruista, conducta intachable y aptitudes para la investigación y divulgación de conocimientos.

Como señalábamos, parece ser que Giner fue el responsable de dirigir los pasos de Antonio Machado hacia la enseñanza, él que había querido ser actor y que llegó a ser

catedrático de Francés casi por casualidad. En Soria, “donde las rocas sueñan”, compaginó sus clases en el instituto con las que impartió de forma desinteresada a obreros en la Escuela de Artes y Oficios de la ciudad, en la idea de la ILE de hacer llegar la cultura a todos los sectores de la sociedad.

Machado, como discípulo de Giner, no era un profesor convencional. Su método reflejaba las ideas de la ILE. Tenía libro de texto, pero él aligeraba todo lo posible las cuestiones teóricas de Gramática y aproximaba al alumno a la lengua a través de la literatura. De esta manera, la iniciación en el nuevo idioma suponía también la apertura a nuevos horizontes literarios. Machado enseñaba francés en clase leyendo poemas de Baudelaire, Mallarmé, Verlaine o Musset con su voz inmensa y sus dotes de actor. Le gustaba leer los poemas que escribían sus alumnos. Algunos de ellos como Mariano Granados Aguirre, soriano que llegó a ser un importante abogado, recordaba los poemas aprendidos en el aula de Don Antonio y confesaba que Machado nunca suspendía a nadie. Otro soriano, Gervasio Manrique de Lara, también evoca con gratitud sus clases nada convencionales para la época: “Se le tenía un gran afecto admirativo a su bondad. Nos leía páginas de los libros que recibía del extranjero. Practicaba la lectura comentada”.



El hecho de que la “llama” de Giner de los Ríos siguiera ardiendo en su espíritu nos lo demuestran, por ejemplo, sus palabras pronunciadas en 1910 para elogiar a un sacerdote soriano (filósofo, psicólogo y catedrático, Antonio Pérez de la Mata, fallecido ese año) publicadas en el periódico *Tierra Soriana*. Combativo como Unamuno, su discurso estaba impregnado del espíritu de la ILE: solo la cultura salvaría a España. Se dirigía al final a los niños:

No aceptéis la cultura postiza que no pueda pasar por el tamiz de vuestra inteligencia (...). En vuestros combates no empleéis sino las armas de la ciencia que son las más fuertes, las armas de la cultura que son las del amor (...). Amad a los buenos y a los sabios que son los poderosos de la tierra (...). Amad el trabajo (como proponía Giner) y conquistad por él la confianza en vosotros mismos, para que llegue un día, después de largos años, en que vuestros nombres también merezcan recordarse.



Aula de Soria



Tras la pérdida irremplazable de Leonor, el poeta deja la cátedra de Soria que luego ocuparía Gerardo Diego en 1920 y se traslada a Baeza, donde se sumerge en la filosofía como consuelo a su alma muerta en ese lugar también muerto en el que era profesor de lenguas vivas. Allí solo el 30 por ciento de la población sabía leer y había una única librería que vendía únicamente periódicos y devocionarios.

*Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de rui señor)
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,*

entre andaluz y manchego...

El anhelo de una España mejor sustenta su espíritu derrumbado sin Leonor:

Cuando perdí a mi mujer -escribió en una carta a JRJ- pensé pegarme un tiro. El éxito de mi libro me salvó, y no por vanidad, ¡bien lo sabe Dios!, sino porque pensé que quiero trabajar, humildemente, es cierto, pero con eficacia, con verdad. (Siguiendo aquel “Hacedme un duelo de labores”, de la elegía a Giner). Hay que defender a la España que surge, del mar muerto, de la España inerte y abrumadora que amenaza anegarlo todo.



Contamos con el testimonio de otro alumno, este de Baeza, Rafael Laínez, que nos lo describe descuidado en el vestir (lo llamaban “Manchado” y “Cenicienta”, por la

ceniza que solía llevar sobre su ropa) y atento y cariñoso con los alumnos entre los que causaba respeto:

Era por los años de 1914 a 1918. Recuerdo la estampa de don Antonio (...) avanzando como a pasos ranqueantes, apoyado en fuerte cayada rústica, grandes los zapatos, largo el abrigo con cuello de astracán, vestido de negro, camisa blanca de cuello de pajarita y grueso nudo de corbata negra; negro el sombrero blando, mal colocado siempre; a veces llevaba destocada la noble cabeza de revuelta cabellera (...).

Los estudiantes sentíamos mucho respeto por este profesor serio y tierno a la vez, que sabía sonreír desde su lejanía como si estuviera atento a la presencia ausente de algo que nosotros ignorábamos aún. El ancho claustro renacentista del viejo edificio estaba lleno de luz y algarabías estudiantiles, pero se colmaba de silencio con sola su presencia (...).

Había ternura en la clase, ninguno de nosotros armábamos el runrún o el jaleo que se armaba en otras, ni tampoco nos provocaba el miedo que nos producían otros profesores (...).

Solíamos encontrar a don Antonio, solo las más de las veces, sentado bajo el olmo de la Puerta del Conde (...). Pasábamos los colegiales, saludando, tímidos, respetuosos y él respondía al saludo añadiendo nuestros nombres propios, como si pasara lista en clase (...).

Dice que solo lo vio reír cuando le hizo referencia a un poema escrito por él sobre Eloísa y Abelardo que reflejaba “el fuego que devoraba el pecho” del alumno, a lo que Machado preguntó: “¿Y era muy grande el incendio, amigo Láinez?”.

En Segovia es donde se encontró más entusiasmado dentro del ambiente de gran florecimiento e inquietud artística y cultural que vivía la ciudad en esos momentos. Encontró verdaderos amigos, como Blas Zambrano, padre de María Zambrano, profesor en la Escuela Normal. En Segovia nacieron sus apócrifos más queridos. Sobre su ejercicio como profesor hay varias anécdotas, por ejemplo, de su criterio a la hora de

evaluar. En *Juan de Mairena* se recoge una en el capítulo “(Mairena, examinador)” sobre el saber mirar a un alumno para calificarlo y sobre un disgusto que se llevó el profesor con un padre al suspender al hijo:

Mairena era, como examinador -escribe-, extremadamente benévolo. Suspendía a muy pocos alumnos, y siempre tras exámenes brevísimos. Por ejemplo:

-¿Sabe usted algo de los griegos?

-Los griegos..., los griegos eran unos bárbaros...

-Vaya usted bendito de Dios.

-¿...?

-Que puede usted retirarse.

Era Mairena (...) hombre, en el fondo, de malísimas pulgas. A veces recibió la visita airada de algún padre de familia (...).

-¿Le basta a usted ver a un niño para suspenderlo? -decía el visitante, abriendo los brazos con ademán irónico de asombro admirativo-

Mairena contestaba, rojo de cólera y golpeando el suelo con el bastón:

-¡Me basta ver a su padre!

Contamos con los valiosos testimonios de un compañero de trabajo de Machado en Segovia, el de Rubén Landa, que recordaba que el trabajo de enseñar francés a principiantes no le gustaba al poeta. Pero, lo que más le disgustaba, era examinar, los exámenes de tribunal le parecían interminables. Aunque le correspondía por antigüedad presidir muchas veces el tribunal, no se sentaba en el centro de la mesa presidiendo, se solía situar en una esquina y muy cerca del alumno, con el que hablaba tan bajo que nadie oía el examen. Así, don Antonio aprobaba a todos los alumnos. Ocurrió en una ocasión que uno de ellos se quedó delante del tribunal y no cerca de Machado. Él tuvo que formularle las preguntas en alto y sus respuestas fueron escuchadas por todos los profesores que constataron con evidencia lo poco que sabía. La última pregunta a la desesperada de Machado fue: “¿Quisiera decirnos algo sobre Cervantes?”. Y la

respuesta del alumno no fue otra que: “No me suena”. Al parecer fue el único suspenso que dio el poeta.

Otro día tuvieron que examinar a una mujer joven que se había quedado viuda y con hijos. Había decidido hacerse enfermera para ganarse la vida y, entre otros requisitos, le pedían el examen de ingreso en la segunda enseñanza. A Don Antonio no le tembló el pulso para hacer lo que él creyó que debía hacer: como presidente del tribunal, recuerda Rubén Landa, tomó la iniciativa: “Háblenos usted de la geografía de España”, le dijo a la señora. Y continuó hablando él: “Usted sabe que el río Tajo pasa por Toledo y desemboca en el Atlántico por Lisboa”. Y, antes de que ella pudiese responder, siguió diciéndole: “Sí, eso lo sabe usted. Ahora díganos algo sobre Aritmética. Usted también sabe que cinco por cinco son veinticinco, ¿no es verdad? Sí, eso también lo sabe usted”. Y así continuó hasta que le dijo finalmente: “Puede usted retirarse”. No dejó a nadie más hablar. Propuso ante el tribunal concederle un aprobado y nadie se lo discutió.

Cuando eligieron a Don Antonio académico de la Lengua, algo que no solicitó y cargo del que nunca tomó posesión, explica Rubén Landa que los alumnos del Instituto de Segovia quisieron demostrarle su afecto y respeto y decidieron regalarle un álbum con sus firmas. En el paraninfo, Machado tomó la iniciativa para evitar toda solemnidad, como habría hecho Giner de los Ríos. No se sentó, se fue a un rincón y allí lo rodearon sus alumnos, como Machado y sus compañeros de clase hacían con su maestro. Don Antonio les hizo una confesión: “Yo tengo vocación de niño”. Su último amor, Guiomar, en su poema “El mar”, hizo referencia a esta característica del poeta: Machado “era como un niño / apasionado y tierno”.



Vamos concluyendo. A finales de 1919 y principios de 1920, Antonio Machado fundó la Universidad Popular Segoviana siguiendo los principios de la ILE (enseñanza libre y participación activa del alumnado). Como iba con frecuencia a Madrid donde tenía muchos amigos, allí buscaba conferenciantes a los que la Universidad solo les pagaba el viaje y la estancia en Segovia.

En febrero de 1926 la ILE le rindió un homenaje a Antonio y Manuel Machado por su obra *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel*.

En 1932 Machado vuelve a Madrid, colabora con las Misiones Pedagógicas, da clases en el instituto Calderón de la Barca de la capital y, más tarde, en 1935, ocupa la cátedra del instituto Cervantes, último destino para el poeta, ya que el 7 de julio de 1941 le dieron la baja en el cuerpo de catedráticos, rehabilitada en 1981.

La “llama” de Giner de los Ríos siempre alentó su vida, la de la ética y estética con alma. En una carta a Juan Ramón Jiménez de 1903 escribió:

Creo en Ud., creo en mi hermano, creo en cuantos hemos vuelto la espalda al éxito, a la vanidad, a la pedantería, en cuantos trabajamos con nuestro corazón.

“Sed alma”, dijo Giner, sed llama que prenda en los corazones de los que nos escuchen y nos sigan.

BIBLIOGRAFÍA:

-“Programa de la Institución Libre de Enseñanza” (1934), *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, págs. 87-94.

-DOMÉNECH, Jordi (2009): “Variaciones en torno a los escritos dispersos de Antonio Machado”, *Abel Martín*. Revista de estudios sobre Antonio Machado, págs. 1-15.

-GIBSON, Ian (2009) “Antonio Machado: profesor de lenguas vivas”, *Hermeneus*, Revista de Traducción e Interpretación, número 9, págs. 1-10.

-GUADALAJARA SOLERA, Simón (1984): *El compromiso en Antonio Machado*, Madrid, Emiliano Escolar Editor.

-GUEREÑA, Jacinto Luis (1990): “Antonio Machado y su sed educativa”, AAVV: Antonio Machado hoy, *Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del Cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*, volumen I, Sevilla, Alfar, págs. 235-246.

.GULLÓN, R. (1959): Cartas de Antonio Machado a J. R. Jiménez (con estudio preliminar), *La Torre*, Puerto Rico, número 25, enero-marzo, págs 159-225.

-GULLÓN, R. y PHILLIPS, A. W. (1973): *Antonio Machado*, Madrid, Taurus, (incluye el testimonio de Rafael Laínez).

-LANDA, Rubén (2000): “Mis recuerdos de don Antonio Machado”, *Añil*, 20, págs. 68-71.

-MACHADO, Antonio (2009): *Juan de Mairena: sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo* (edición de Pablo del Barco), Madrid, Alianza.

